FRANCISCO FERNÁNDEZ MARUGÁN
Ex Diputado del PSOE

LOS MERCADOS, EL ESTADO Y LA UNION EUROPEA

La globalización ha ocasionado cambios en el gobierno de la economía mundial. La movilidad de los factores de la producción –en particular del capital financiero- ha hecho que decisiones estratégicas las tomen empresas multinacionales, organismos internacionales y un elenco amplísimo de entidades financieras globales. La diversidad de situaciones es tal que ahora está planteada la cuestión de cómo compatibilizar globalización y democracia.

A la vez que esto sucede las medidas de rescate de los bancos y las de estimulo de las economías, por citar algunas, las adoptan las entidades políticas nacionales.

Semejante asimetría es un factor de inestabilidad, puesto que, el capitalismo depende de un delicado equilibrio entre mercados y normas reguladoras. Aunque los mercados necesitan que los regulen las instituciones públicas, es muy evidente que, hoy día se carece de las mismas.

Esto ocurre, incluso en el Unión Europea, donde se vienen dando avances encaminados a articular respuestas suficientes, que están resultando de difícil plasmación, para la disponibilidad de autoridades, comunes y centralizadas, en ámbitos específicos, como son las cuestiones económicas, fiscales y financieras.

La economía y los economistas

La Economía es la disciplina que estudia cómo los hombres han recurrido, desde tiempos muy remotos, a organizaciones cada vez más complejas para poder resolver las necesidades que les plantea la vida cotidiana. A través de ella, ha resultado factible comprender una de sus principales preocupaciones (J. K. Galbraith). Quizás por eso ha venido estando sujeta a un cambio continuo ya que, los agentes (empresarios, sindicatos, consumidores y gobiernos) que actúan en su seno, evolucionan sin cesar.

Los recientes acontecimientos ocasionados por la crisis han producido un profundo fallo sistémico que ha afectado a múltiples instituciones. Pues bien, lo mismo ha ocurrido en el planteamiento dominante entre los economistas, donde se ha abierto una brecha considerable. Los modelos que veían utilizando para explicar, el comportamiento de los agentes económicos junto con el funcionamiento de las variables fundamentales, se ha visto que adolecían del vicio del idealismo y del alejamiento de la realidad.

Creyeron que el mundo real era similar al que ellos construían en sus enfoques teóricos. No fue así, ese edificio se vino abajo, como un castillo de naipes, en el momento en el que fue evidente, a los ojos de todos, que la realidad, y en particular los mercados financieros, eran muy distintos del que en sus esquemas habían dibujado (X.C. Arias y A. Costas).

Aquel aroma de certeza que exhalaban, apoyándose en racionalidades simuladas y extremas, se desvaneció sembrando dudas sobre la solidez de la arquitectura intelectual que se había levantado. Aquella idea de que, por fin teníamos una línea de pensamiento que permitía entender, hasta las últimas consecuencias, el funcionamiento del

sistema económico era algo más que una dulce ensoñación, era simple y llanamente una arrogancia.

Arrogancia que había servido para pregonar la apoteosis de la economía de mercado gracias al triunfo que se pensaba –hasta ese momento- que había alcanzado el capitalismo financiero. Los más acérrimos defensores de estos planteamientos ufanamente se atrevieron a decir que el problema central de la prevención de las depresiones, había sido de hecho resuelto, en todos sus aspectos y para muchos años (Robert Lucas, 2003).

Años después –y no tantos- tan solo se admite que lo mejor que hacemos es explicar los fenómenos que han venido sucediendo, por lo que el poder profético de esta profesión se ha visto limitado y no poco. Las preguntas que se nos hacen resultan, la mayor parte de las veces, incomodas, para el núcleo central de la doctrina económica. Todo esto conduce a que, la imagen social de los economistas se haya deteriorado extraordinariamente.

¿Tenemos claro hacia dónde vamos?

¿Cómo hemos llegado a estar tan equivocados?

¿Por qué no fuimos capaces de advertir el desastre que venía?

Los economistas, no hemos salido bien parados de este envite. La creencia bastante generalizada, entre nosotros, de que la bonanza continuaría prolongándose indefinidamente, no se ha cumplido. Los mercados no han funcionado bien, una vez más, se ha demostrado que dejados por si solos no son estables. Hasta se ha visto, en esta ocasión claramente, que se comportan como auténticos tornados que se llevan por delante cuanto ven. Tampoco, lo han hecho bien los reguladores

públicos, quienes con frecuencia se vieron privados de los instrumentos adecuados para llevar a cabo su función.

El resultado de cuanto argumento es muy evidente, en las sociedades avanzadas hay planteados un conjunto de problemas económicos y sociales de gran envergadura. A su emergencia ha contribuido esa visión dominante en la economía, que todo lo orientaba hacia la supuesta eficiencia de los mercados y a la infalibilidad de la técnica.

El mercado y los mercados globales de capital

El mercado era el lugar donde, los compradores y vendedores se encontraban realmente, para intercambiar sus productos: alimentos, prendas de vestir, ganado o cualquier otra mercancía. En él, productores y consumidores, se sometían a su poder regulador. Debía ser un instrumento impersonal, situado al margen de cualquier manipulación por parte de un individuo o de una organización. El mercado y la concurrencia en él, eran los garantes del sistema, que debería ser preservado a toda costa. Se decía que cuánto más viva sea la concurrencia más potente será el mercado. En este contexto, el Estado quedaba relegado a un papel menor, cuestión que abordaré más adelante con mayor precisión.

El mercado subvenía a todas las necesidades de la sociedad. Solo si funcionaba mal, por un motivo o por otro era cuando el Estado pasaba el relevo, para evitar la anarquía o la explotación de los débiles por los fuertes. Esto suponía que, el Gobierno podía intervenir para aliviar los atropellos de la concurrencia, para imponer ciertos precios, o establecer precios mínimos. O bien decretar ciertos márgenes de

beneficios a fin de mantenerlos al abrigo de una competencia excesivamente salvaje.

A lo largo del tiempo, se ha podido constatar una serie de circunstancias durante las cuales, tanto los consumidores como los productores, carecían de rentas suficientes o si las tenían no las gastaban, o aún disponiendo de ellas, no las invertían con la intensidad suficiente para absorber toda la capacidad que esa sociedad tenía para producir bienes y servicios. Cuando eso ocurría la economía de esa sociedad tenía una capacidad de producción inutilizada y por tanto originaba paro. En sentido contrario podía ocurrir que los ciudadanos y los gobiernos gastaran más de lo que permitía la capacidad de la economía. Cuando esto sucedía, se decía que se entraba en un periodo en el cual se originarían elevaciones de los precios.

Para hacer frente a cualquiera de estos supuestos, en el mundo del capitalismo democrático han venido existiendo dos corrientes generales de pensamiento que servían para evitar los efectos perversos de los excesos de producción o de los aumentos de los precios.

Una de ellas estaba vinculada a Milton Friedman y a sus seguidores, quienes proponían controlar las sumas de dinero en circulación, los tipos de cambio de las monedas, los niveles de inflación y los impuestos que gravaban a los empresarios y a los inversores, a quienes consideraban creadores de empleo y por tanto guardianes de la prosperidad para la sociedad en su conjunto (G. Jackson).

La segunda corriente de pensamiento tiene su origen en John Maynard Keynes y en sus discípulos, quienes vienen propugnando que es necesario desarrollar inversiones públicas destinadas a incrementar la demanda con el fin de disminuir el paro, mantener elevados los

impuestos en los periodos de expansión para, de esta forma, evitar que haya que recurrir al endeudamiento cuando llegue la recesión.

Sendas escuelas han tenido periodos de mayor, o de menor, predicamento, aunque recientemente se han visto muy condicionadas por la aparición, con extraordinaria fuerza, de un fenómeno tan específico y singular, como es el de la deuda soberana.

Algunas de estas prácticas de intervención gubernamental han ido entrando en un progresivo desuso, puesto que a lo largo de las tres últimas décadas, se ha visto como, la política económica, en muchas ocasiones renunciaba a la realización de actuaciones directas por parte del sector público empresarial.

Ahora bien, eso ocurrió en los "tiempos normales" pero es preciso admitir que la actual crisis nos ha situado en tiempos muy diferentes. Lo que comenzó siendo una pequeña crisis bancaria desencadenada en algunos estados de los USA, ha acabado siendo una enorme crisis financiera global que en cada momento adquiere muy diversas manifestaciones. Con devastadores efectos, perversiones e ilegalidades, que hacen necesario democratizar las finanzas para que esos mercados funcionen mejor y que lo hagan a favor de todos los usuarios (E. Ontiveros).

Hacer una interpretación de la crisis y de cuánto ella viene arrastrando, va más allá de las pretensiones de esta comunicación. No obstante, vemos a diario como los gobiernos han tenido que actuar, a través de distintas formas y modalidades, con el fin de garantizar la estabilidad del sistema financiero (Alemania, Austria, USA, Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Irlanda, Islandia, Portugal, Grecia y ahora en España son un ejemplo de ello). Mientras esto ocurría el dinero quedaba atrapado en el sistema bancario, quien reducía de forma muy notoria

el crédito, porque dedicaba la parte que obtenía de las expansiones monetarias, que se producían, desde algunos bancos centrales, a desplazar los vencimientos de su endeudamiento, sin que destinaran recursos a la financiación de la actividad real de la economía.

Las opciones de política económica las doy por sobradamente conocidas, tan solo quiero recordar una frase de Keynes quien decía que en política económica "debemos asegurarnos de que la gente pueda comprar y las industrias puedan producir…" Lo hago simplemente porque se viene incumpliendo sistemáticamente.

Quizás por ello, desde el verano de 2011, otra fase de estancamiento viene produciéndose, originando "un doble hoyo" en la marcha de la actividad. Fruto de la misma es que puede sostenerse que la economía mundial se arrastrará por el fondo durante algún tiempo originando un desempleo que en algunos países ha llegado al 20% o más (R. Skidelsky).

Tradicionalmente se ha sostenido que las economías modernas se dividen en dos sectores: uno reducido que agrupa a las empresas de gran tamaño y otro que comprende una multitud de medianas y pequeñas empresas. Siendo cierta esta diferenciación, hoy en día, las cosas han cambiado de forma notoria hasta el punto de que el mercado de ahora apenas se parece al de ayer. Ya no es lo que era.

Ha surgido un nuevo poder regulador, que está jugando un papel central en el modelo de crecimiento de la economía internacional: los mercados globales de capital, que no son otra cosa que una red despersonalizada de inversores. Visto este hecho con perspectiva puede decirse que, entre 1980 y 2007, apareció un sector muy poderoso, dentro del mundo de las finanzas, impulsado por una intensa desregulación, una innovación generalizada de productos y

servicios financieros y una revolución de las tecnologías de la información. Este sector pasó a denominarse: los mercados.

El objetivo básico de quienes integran “los mercados” es la obtención de beneficios manejando las ingentes masas monetarias que circulan por el mundo. Los integran, junto a grandes entidades globales, que formulan apuestas muy importantes sobre la dirección de las economías, una gama muy amplia de inversores institucionales, fondos de inversión, fondos de pensiones, fondos soberanos, fondos de cobertura y/o fondos de capital riesgo, aseguradoras y bancos de inversión; a todos ellos hay que añadir las agencias de calificación de riesgos. Su actuación ha estado dirigida a movilizar ahorros y excedentes, a cambio de una remuneración que, en el periodo de auge que vienen experimentando, les está permitiendo un crecimiento extraordinario y un beneficio muy abultado.

Un aspecto destacado está produciendo la aparición de estas instituciones, el desarrollo de una intensa batalla entre el poder político y el poder financiero. Los lances ocurridos hasta ahora, en la misma, han puesto en entredicho una serie de valores que, otorgaban la hegemonía a la política, a los gobernantes y a la democracia, para desde ellos disponer de la capacidad de ordenar la sociedad.

Por lo que estamos viendo, en esa brega, hemos vivido y viviremos episodios en los que quedara claro que los mercados son muy poderosos, lo que obliga a que el Estado tenga que reaccionar, con la finalidad de acotar el campo de acción de las finanzas internacionales. Por tanto, hay razones para pensar que el tiempo de la contienda será dilatado, que durante él, no surgirá fácilmente un vencedor definitivo, que habrá diferentes alternancias a favor de unos (los mercados) o de otros (los poderes públicos).

En medio de ese territorio, definido como la zona de conflicto, las profundas escaramuzas que –en los mercados de antes y en los de ahora- se están llevando a cabo, han servido para clarificar algunas cuestiones:

El proceso histórico nos ha alejado de la idea que tenían los defensores de la economía clásica. Hoy los mercados y el Estado se complementan, no se sustituyen. El mercado en estos tiempos se ha convertido en el coordinador de las actuaciones cooperativas de algunos miles de millones de personas.

Quien quiera, que el mercado se expanda, necesitará que el sector público haga lo mismo.

Los mercados no se crean solos, no se regulan solos, no se estabilizan solos, ni se solos se legitiman. El sistema de mercado solo resulta viable cuando alcanza una fuerte interacción entre la seguridad, los derechos sociales, la libertad política y la democracia.

Quizás hay que admitir, con algo de escepticismo, que hay cuestiones que no se pueden arreglar sin los mercados y otras que tampoco se arreglan con ellos. Por eso, debería admitirse que, han de estar sometidos a una permanente rectificación política para que puedan funcionar con eficacia (Beck)

De cuanto vengo sosteniendo podría deducirse que defiendo mecánicamente que el sistema de mercado proporciona, por sí solo, resultados óptimos. No, los logros y los infortunios obtenidos a través de él, han sido posibles gracias a la ayuda que le ha brindado el Estado, ya que el mercado por si solo genera grandes desigualdades.

Por eso en las formaciones sociales avanzadas como la española, el Estado tiene establecido un marco institucional sin el cual las gentes no

pueden comprar y vender. Además de ello, construye una parte extensa de la infraestructura social, física y tecnológica de la que disfrutamos. Estimula las empresas cuando los riesgos de parálisis hacen notar su presencia. Regula la concesión de créditos. Trabaja para la consecución de la paz social, estableciendo una cartera de derechos de los que pueden beneficiarse todas las personas, al margen de su situación económica, y sin que la libertad que les proporciona pueda ser interferida por los demás.

En un espacio como el europeo se ha venido garantizando, en suma, una proporción mayor de cualquier pastel que haya para repartir. Porción que viene cambiando constantemente a lo largo de nuestras vidas. Es sencillo de admitir, que los bienes o servicios a los que se desea acceder o tener, son diferentes al comienzo de la vida adulta, que cuando los años van pasando. Se quiere vivir mejor según la vida avanza y cuando se llega a septuagenario lo que se desea es poder disponer de los cuidados característicos del tramo final. A la situación que describo se llegó a través de un proceso político, en el que la disputa aflora a la superficie en forma de opciones respecto del sistema fiscal, de las pensiones o de los derechos de propiedad.

Decía en párrafos anteriores que los sistemas de mercado no solo no llegan a remediar, sino que a veces exacerban las desigualdades. El que lo hagan, depende bastante de que los ciudadanos y los dirigentes así lo quieran. Pues bien, llevamos algún tiempo observando como viene adquiriendo, predicamento un movimiento por el que, la sociedad que levantamos debe alejarse de la igualdad, para encaminarse hacia la extensión de la desigualdad como en la práctica viene ocurriendo ahora. El fundamento de tal planteamiento se basa en la concepción de que la desigualdad proporciona incentivos que promueven las aspiraciones, los esfuerzos y la asunción de riesgos por

parte de muchas personas. Quienes esto defienden olvidan que la desigualdad no es un acicate, sino que es una trampa que, además, se transmite de generación en generación.

Una última consideración, he aludido a la existencia de una encarnizada batalla entre mercados y política. Si queremos alcanzar en la misma un resultado aceptable será preciso devolver a la política la autonomía perdida, para lo que resultara imprescindible el buscar una salida inteligente a la globalización financiera.

El trilema de la globalización

La lectura de los apartados anteriores, abre múltiples interrogantes, en relación con cuestiones claves del sistema de mercado, en un momento en el que este está experimentando una extraordinaria extensión.

En el movimiento impetuoso del mundo hacia un sofisticado futuro, para bien o para mal, el sistema de mercado adquiere institucionalmente una importancia sin parangón, con ningún otro sistema o proceso social. Admitiendo su capacidad, como gran globalizador, también hay que decir asimismo que es un coordinador duro y a menudo, cruel, que cada vez traslada más el riesgo al individuo con el beneplácito del Estado.

Debido a ello, ha sido capaz de dar al traste con muchas y enormes desigualdades históricas pero, una vez hecha esta tarea, ha introducido otras muchas más, producto de su propia cosecha (C.E. Lindblom). Durante décadas se le defendía porque sostenía al sistema democrático, ya que no hay estados democráticos que no sean sociedades de mercado, pero a la vez que hacía esto, saboteaba

muchos elementos inequívocamente democráticos de estos mismos estados. Ahora aparece, a la vuelta de cada esquina, una creciente preocupación respecto a la dinámica bajo la cual viene funcionando. La inseguridad y la precariedad erosionan algunas políticas públicas que no hace tanto tiempo se consideraban poderosas: El empleo, las pensiones, la fiscalidad, el bienestar y la libertad para decidir.

Hasta extremos inimaginables, nos estamos desenvolviendo en un mundo globalizado en el que luchan por el poder actores políticos ligados al territorio y actores económicos sin ataduras territoriales. La importancia de este fenómeno ha sido recientemente expuesta por André Glucknnan, quien ha proporcionado una brillante imagen de la situación:

"Desde el hundimiento del comunismo en el mundo, como realidad y como aspiración, la nueva globalización lo inunda todo. Trastorna equilibrios geopolíticos, sociales y mentales que se remontan a milenios y se proyecta en la producción y en los intercambios de miles de millones de ciudadanos (chinos, índicos, brasileños, etcétera). Un maremoto así no tiene nada idílico" .

Deberíamos ir algo más allá, puesto que detrás del paisaje, aparece una cuestión relevante, para muchos responsables políticos y académicos, que cristaliza como un elemento central, la relación que puede establecerse entre globalización, pobreza y desigualdad.

La explotación salvaje ha llegado al pleno apogeo, por lo que existe la convicción generalizada, de que las diferencias contemporáneas, en la población mundial, por lo que respecta a la renta, la riqueza, los niveles de vida, las oportunidades y las libertades son de proporciones históricas sin precedentes y sin una justificación concebible para ellas (A. Payne y N. Phillips). Pero a la vez que esto sucede, a lo largo de las

últimas décadas, igualmente, se ha percibido como en Brasil, China, India, Indonesia o Turquía existen poblaciones muy amplias que alcanzaban mejoras de su bienestar y mayor esperanza de vida. Si las cosas son así: ¿Cómo se ha de gestionar la tensión entre las democracias y los mercados globales?

Para poder hacerlo hay que ser capaz de construir una nueva narrativa, que dé forma a la siguiente etapa de la globalización. Cuanto más meditada sea esa nueva narrativa más sólidas serán las estructuras económicas y sociales que la sustenten. Por lo tanto, el empeño pasa por superar las disfunciones más características de la presente situación en la que, los mercados globales sufren una débil gobernación, que les hacen propensos a la inestabilidad, a la ineficiencia, y a una débil legitimación popular. Son muchas las personas que ven como sus medios de vida que, en otro tiempo, fueron prósperos, ahora están afectados por la inseguridad.

Tenemos un trilema que debemos resolver. La práctica demuestra que las tres cosas no las podemos alcanzar a la vez. Dos, sí, porque son compatibles pero hay que renunciar a la tercera ya que no se acopla convenientemente, con los dos actores anteriores.

Dani Rodrick fija esas tres posibilidades.

Limitar la democracia, rompiendo el vínculo histórico con aquellas manifestaciones más recientes del bienestar, lo que obliga a replegar a los agentes económicos y sociales del interior, haciéndoles víctimas de los diseños de la política económica que se aplica. Esto es lo que en España ahora hace el Gobierno del PP.

Limitar inteligentemente a la globalización a través de reglas que hagan prosperar, codo con codo, a la globalización y al mercado.

Globalizar la gobernanza, creando instituciones con poder para fijar estándares en el área que se defina. Las modalidades de estas posibles áreas son muy diversas, pero en todas ellas, conforme se avanza en la integración se tendrá que producir una reducción significativa de la soberanía nacional. Esta dinámica es inexorable por lo que llegará un momento en el que habrá que decidir cuándo se quiere dar el salto de la verja.

Esto es lo que viene haciéndose en Europa. A la construcción de esa Unión se han dedicado ya múltiples esfuerzos que deberían intensificarse aún más en el próximo futuro. Acepto que el ritmo que en cada momento y circunstancia plantea esta estrategia ocasiona dudas. Para unos puede ser excesivamente intenso mientras que para otros es vacilante. Así está sucediendo en la UE desde el segundo semestre de 2011. La primera economía del mundo da muestras de su incapacidad para autogobernarse de manera acorde con sus responsabilidades mundiales (J. Solana).

Considero, no obstante, que la fractura que podía haber existido, cuando estallo la crisis, no se produjo, cosa que tiene alguna singularidad. Aunque solo sea, porque podían haberse seguido, las experiencias extranjeras en momentos críticos similares. Los Gobiernos nacionales podrían haber caído en la tentación de buscar soluciones beneficiosas para una parte de los ciudadanos (el populismo dentro de su nación) y perjudiciales para los demás (el conjunto de los europeos) cosa que no hicieron.

Actuando así, los ciudadanos de la UE hemos asistido a un proceso singular, la ampliación del mercado único, la puesta en circulación de la

moneda común y el premioso alzado de un andamiaje institucional destinado a favorecer el desenvolvimiento de las fuerzas económicas y sociales, sin que hubiera que levantar los baluartes que en ocasiones anteriores se construyeron (P. Sutheland).

A estas cuestiones, dedicaré la atención a lo largo de las dos próximas secciones, pero antes señalaré que considero que las estructuras políticas democráticas tienen todo el derecho a proteger a su organización social y que cuando ese derecho se interfiere con los requisitos de la economía global, es esta última la que debe dejar paso. Apostarlo todo al libre mercado me lleva a sacar a relucir la idea de que el mercado y la política deben equilibrarse continuamente de manera que no se rompa la red de relaciones solidarias entre los miembros de una comunidad política (Beck y Habermas).

¿Qué le pasa a Europa?

La UE es una de las grandes ideas del Siglo XX, encarna un proyecto extraordinariamente ambicioso, cuyo propósito esencial podía identificarse con el afán de que cristalizara, una zona privilegiada de democracia y de prosperidad, en esta parte del mundo.

Por eso sus fundadores desearon que quedara reflejada, en sus normas, la fraternidad necesaria para superar las enormes dificultades que entrañaba el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. A partir de estos planteamientos la UE, ha venido proporcionando a quienes la construyeron –y también a aquellas otras naciones que más tarde se incorporaron a ella- normalización política, estabilidad democrática y solidaridad.

La solidaridad no era una noción romántica de los soñadores federalistas. Formaba parte de la argamasa del proyecto, puesto que desde el primer momento fue ella, la que permitió avanzar identificando objetivos nacionales en el seno de una estrategia de integración compartida. Sirvió para facilitar la conexión y el compromiso entre los Estados, los gobiernos regionales y municipales y un sinfín de organizaciones civiles.

La máxima expresión de la solidaridad ha sido la moneda común. Era el exponente de la trabazón conseguida; desde su creación existían dudas sobre si la cubierta del edificio era suficientemente estable. La razón de las mismas se apoyaba en el hecho de que, Europa había introducido la moneda común, sin poseer las instituciones necesarias para conseguir que funcionara adecuadamente. Esta decisión suponía tomar una opción arriesgada que, más tarde, la globalización se encargaría de demostrar que era menos satisfactoria de lo que inicialmente se había deseado.

Pese al arrojo que supuso, o quizás porque detrás de esa decisión vinieron otras igualmente improvisadas, hay que admitir que la imagen que hoy proporciona la UE está teñida por una narrativa claramente conflictiva. Que se ha convertido en un problema acuciante. De hecho, con una frecuencia superior a la deseada vemos como “solo se asocia con restricciones de liquidez, con rescates especiales, financiaciones de emergencia y austeridad, hasta el punto de que a veces resulta difícil recordar que el euro es un proyecto político concebido como culminación de décadas de integración tras la guerra” (Roger Cohen)

Hay problemas que surgen cuando las naciones donantes se sienten facultadas para ejercer presiones políticas sobre las naciones receptoras. Ulrich Beck ha dicho que esas presiones llegan “hasta un nivel que supera el umbral del dolor”. En sentido contrario “los

deudores se sienten sometidos a un dictado de la UE que infringe su autonomía y su dignidad" al decirles cómo deben vivir sus vidas. En ambos casos, se despierta la ira, cuando no el odio por Europa puesto que todos la ven como un cúmulo de imposiciones.

Las tensiones de la crisis han polarizado los planteamientos de las opiniones públicas, por doquier se maneja tanto el mito de los vicios nacionales convertido en factor de difusión de la crisis, como el de los chivos expiatorios responsables de la misma. Se ha creado un ambiente de sospecha, vacilación y desconfianza que ocasiona múltiples fracturas. Para salirse de semejante laberinto resulta imprescindible enderezar la situación económica. El crecimiento ha de impulsarse, sosteniéndolo y extendiéndolos para que resulte más común y más simultaneo en toda Europa.

Desgraciadamente los estrategas políticos de Europa creyeron, durante los años 2007 y 2008, que la crisis financiera que padecían las entidades europeas, era consecuencia del contagio que les había ocasionado su relación con las de USA. El primer grave error. Ya que se está viendo como son las deficiencias del sistema bancario europeo, sus debilidades, las que han hecho que llevemos bastante tiempo instalados en el epicentro de la crisis financiera global.

Como los bancos de la zona euro tienen una parte importante de sus carteras de activos constituidas por bonos de países de la eurozona, están viendo que el riesgo soberano se ha convertido en un riesgo bancario de tal magnitud que acentúa la situación crítica. A la que ha de añadirse, la interconexión existente entre todas esas instituciones, lo que hace que los problemas que aparecen en el sistema bancario de un país terminen difundiéndose por todo el sistema europeo. A estas anomalías ha de agregarse otra, el sistema bancario europeo, tiene una baja capitalización, hasta el punto de que muchas de sus instituciones

no pueden asumir las perdidas crediticias (que en muchos casos permanecen ocultas) ocasionadas por su propia y normal actividad.

Cierto y verdad que desde el verano de 2010 la UE se ha dotado de una potente artillerías financiera (el fondo europeo de estabilidad financiera, el mecanismo europeo de estabilización financiera y el mecanismo europeo de estabilidad) que hay que reconocer que no ha impresionado a los mercados. Por lo que deberemos admitir que "Europa no puede escapar de la crisis de sus mercados financieros hasta que no reponga sus bancos" (D. Gros).

Pero los problemas económicos en la UE no se quedan ahí, dado que también se han producido divergencias entre los costes de producción de los países llamados periféricos y los del norte de Europa donde el aumento de estos viene siendo menos veloz. La falta de crecimiento se comportó como quien echa leña al fuego al perpetuar temores relacionados con la sostenibilidad de la deuda pública y con la situación de la banca comercial.

Profundas modificaciones cualitativas del sistema productivo habrán de efectuarse, aunque solo sea porque en muchas naciones europeas se ha producido una notable pérdida de competitividad que, según los planteamientos económicos de los conservadores solo se podrá recuperar sí se lleva a cabo una devaluación interior mediante la reducción de los costes laborales unitarios, acompañada de una regresión social que permita a los empresarios despedir con más facilidad a los trabajadores.

Un enfoque de política económica de estas características es insuficiente, a la vez que injusto, por lo que, deberá complementarse con otras actuaciones destinadas a favorecer las actividades productivas. Lo que significa apoyar a aquellos que contribuyan a la

creación de riqueza, frente aquellos otros en los que el enriquecimiento individual se produce a expensas de la riqueza de los demás, sin que "el saldo conjunto de las operaciones" eleve el importe de la producción agregada.

Claro está, que si la productividad y su evolución resulta ser un elemento central para la recuperación de la economía, lo correcto sería tratar de aumentarla desplazando la producción hacia zonas donde la tecnología resulte ser más compleja. Para que, semejante deslizamiento, resulte posible, necesariamente habría que volver de nuevo a la búsqueda de compromisos redistributivos. La tendencia hacia la desigualdad en nuestras sociedades ha sido expuesta anteriormente, debido a que la capacidad redistributiva del Estado se ha visto muy recortada, lo que ha ocasionado el que de nuevo estén al orden del día los problemas de legitimación en el capitalismo.

No quiero dejar de decir que los países del norte de Europa, pueden hacer algo más para ayudar a cerrar más rápidamente la brecha de la competitividad, estimulando un aumento más rápido de sus propios salarios. Sintetizando estos enfoques, señalaré que se puede lograr un ajuste interno de la eurozona sin necesidad de producir una deflación importante en los países del sur, siempre que estos aumenten su productividad de forma más rápida y que los países del norte les ayuden alentando un aumento salarial algo más veloz que el actual. De no actuarse así el ajuste en la eurozona pasaría por niveles considerables de desempleo y deflación en el sur, algo más difícil e incluso políticamente imposible de lograr (K. Dervis)

He hecho un relato, en el que el campo de los problemas a tratar pasa por la recuperación del espacio de la política –y por tanto por reducir aquel que se le ha entregado a los mercados- por favorecer las actividades socialmente productivas, por la potenciación de la

productividad, y por volver a las políticas redistributivas en el ingreso y en el gasto. En definitiva, por creernos y convencernos de que, hay que luchar para alcanzar la sociedad en la que nos gustaría vivir aceptando pagar lo necesario para ello. (J.V.Sevilla).

Qué lejos de este escenario se encuentran los elementos básicos del diagnostico que se ha venido sosteniendo en la UE respecto de la situación surgida cuando estallo la crisis en el verano del 2007. La austeridad y el rigor garantizarían el crecimiento y la estabilidad. No ha sido así. Un grupo amplio de naciones se han visto inmersos en una nueva recesión que está provocando fuertes conflictos sociales a la vez que castiga a los sistemas políticos tradicionales y alienta al extremismo.

Este es el segundo error grave que han cometido los estrategas de la UE, se han equivocado a la hora de fijar las prioridades y han elegido a las que poseen un carácter instrumental: ajustes presupuestarios intensivos, reducciones de la montaña de deuda soberana, a lo que han añadido la reestructuraciones financieras que balcanizan el sistema bancario.

La cara viva de la economía en Europa es otra, precipita en forma de una actividad real que se destruye a toda velocidad, en la que se ha instalado otra vez la recesión, el crédito se ha congelado cuando no anulado y el paro permanentemente se expansiona. Detrás de todo esto discurre un conjunto de penurias de nunca acabar.

Hacia la unión política

Admitiendo que la solución de muchos problemas económicos del continente pasan por la mayor potenciación de Europa, diré que en

este espacio de grandes dimensiones, densamente poblado, surgió un mercado común, con una moneda única, sin que atrevidamente hubiera dispuesto, de las competencias requeridas para la coordinación efectiva de las políticas económicas de los Estados miembros. Dentro de la UE estos "tienen todavía el monopolio del poder y no obstante aplican, más o menos, sin quejarse, el derecho aprobado en el plano supranacional" (J. Habermas).

La situación tiene algo de paradójica, los que poseen la legitimación democrática en muchas carecen de competencias y quienes tienen las competencias económicas no poseen la legitimidad política ni los medios suficientes para ejercerla.

La razón de semejante aporía podría encontrarse en que, aquellos que han ido impulsando la acción de gobierno, dentro de la zona euro, han estado sosteniendo que la función principal del Estado es la de establecer un marco regulatorio (un orden) propicio para estimular la libre competencia y así desarrollar una economía de mercado que fomente el bien común. Para ello argumentaban que, bastaría el cumplimiento de unas sencillas reglas destinadas a consolidar los presupuestos estatales, con las que se podría equiparar la evolución de las economías nacionales. Desde estos planteamientos, los dirigentes europeos, se autoconvencieron de que el marco regulatorio más adecuado era la desregularización. Este planteamiento les ha pasado factura (M. Otero).

Pese a dibujar tan agradable panorámica, lo que vemos es que las políticas que se están aplicando conducen a un lugar bien distinto, a una austeridad empobrecedora carente de perspectivas de solución, de la que nada mana, a no ser que sea una degradación económica, social y política sin precedentes. Por eso, tras haber analizado los elementos integrantes de las recetas, que se aplican en los memorándum de

rescate, se llega a la conclusión de que “nuestra crisis es política y surge de una Constitución europea desequilibrada” (J.P. Fitoussi). En la que, como consecuencia de las carencias del diseño original, cuando el flujo de financiación se seco, se produjeron una oleada de crisis financieras y fiscales junto con una marea de deudas imposibles de asumir.

A la vista de ello de manera bastante generalizada, ha surgido la idea de que la zona euro tal como está pergeñada no puede quedarse donde esta, tampoco debe desandar el camino andado. No hay vuelta atrás, porque sus actores están ligados a un sistema de dependencia mutua del que no podrán librarse más que con un coste extraordinariamente elevado. Pues bien, siendo así, tendremos que admitir que también le resulta traumático dar un paso decisivo hacia delante. (M. Wolf).

De no ser así, tendría que aceptar quedarse donde está en este momento. En ser una zona libre para el comercio y para las finanzas, poseedora de una armazón institucional insuficiente aunque sofisticada. Por tanto, solo el avance hacia la estructura federal puede resolver la crisis del endeudamiento, a la vez que se salvaguardan, los valores del modelo social europeo.

Continuar la construcción europea, requiere que se defienda políticamente al euro, lo que implica clarificar algunos nubarrones. Por ello, en tanto esto no ocurra Europa sufrirá una crisis de confianza, producto de que hay dudas sobre si la zona euro es un conjunto de naciones pequeñas, competitivas, muy interconectadas comercial y financieramente, unidas por un tipo de cambio fijo... que piensan que pudieran estar mejor por su cuenta. O si, por el contrario, se trata de Unión irrevocable, de una economía grande, con un destacado poder

de mercado ocasionado por que emite una moneda de reserva global (Steinberg, F; Stephens, P y Wolf, M).

Aunque entre nosotros no abundan los enfoques que destacan el papel de Europa en el mundo, señalaré contraponiéndolos que en Pekin, en Delhi y en Ankara se percibe más de lo que creemos la irrelevancia de Europa. Por eso, si en algún momento, anunciáramos que no hay más Europa y que volvemos a ser 27 Estados separados, nuestra influencia en el mundo desaparecería. Aunque solo sea porque hay 11 Estados en la UE con una población inferior a seis millones de habitantes y en China hay 11 ciudades con más de ocho millones de habitantes. (N. Ferguson).

Desde estas realidades, solo actuando de manera conjunta es como podrá la UE alcanzar el peso político, con el que tener la suficiente capacidad para llegar a influir en la agenda de la economía mundial.

Para que esto sea posible, se requiere un salto cualitativo que conduzca al conjunto de los Estados miembros, hacia una mayor integración. El The Economist ha manifestado que si se produjera una escisión en el euro, los bancos y las empresas de todo el continente, verían como sus activos y sus pasivos no cuadrarían. Se generaría un torrente de quiebras y de demandas judiciales, a las que acompañaría el hecho de que los gobiernos con déficits se verían obligados a recortar drásticamente el gasto o a emitir moneda.

Los inconvenientes de semejante opción le ha llevado a decir que lo deseable es salvar el euro, a la vez que formula una pregunta: ¿Sienten los alemanes, los austriacos y los holandeses tanta solidaridad hacia los italianos, los españoles, los portugueses y los islandeses como para correr con todos los gastos? Cree -el semanario británico- que hacerlo revierte en su propio interés.

Las cumbres europeas de junio, octubre, y diciembre de 2011 abrieron unas vías a través de las cuales deberían adoptarse una serie de cambios institucionales de notable amplitud.

Sucintamente diré que en política económica se avanzo con el propósito de restaurar algunas de las fisuras que la crisis había ocasionado en el gobierno económico de la UE. Con esas actuaciones se trataba de parar la dinámica en la que habían entrado los mercados financieros, puesto que de persistir la asfixiante presión y sus desordenados comportamientos, podrían haber ocasionado efectos fuertemente desestabilizadores en la economía europea y en el conjunto de la economía mundial.

Para ello se produjeron cambios en el papel del BCE, quien de una manera mucho más intensa, paso a desempeñar el papel de prestamista de última instancia para la banca privada europea. La finalidad de estas medidas, era la de que se produjera una correcta transmisión de la política monetaria común en toda el área. Que al adoptar un tono expansivo, atenuara las tensiones crediticias que venían padeciendo desde mediados del año 2011 las entidades financieras.

Estas actuaciones no fueron las únicas, estuvieron acompañadas de otras, los recortes de los tipos de interés, el aumento de la liquidez de manera ilimitada, en condiciones favorables a los bancos, junto con otras disposiciones poco habituales destinadas a expandir la oferta monetaria. “El BCE ha hecho cosas que no estaban previstas en sus competencias estrictas” (J. Almunia) se dijo desde la Comisión. El BCE “ha ampliado considerablemente su potestad” puntualizaron desde el Bundesbank (J. Woidmann).

Las decisiones, como proveedor de liquidez a largo plazo, evitaron el éxito de los ataques especulativos a la deuda de algunos países, así como una mayor contracción del crédito a la economía, pero no fueron la solución a medio y largo plazo. Sin una actuación decidida de los gobiernos para completar las instituciones europeas la tarea del BCE se hará más y más difícil. (X. Vives).

Así mismo, estuvieron también acompañadas de otras destinadas a constitucionalizar el principio de estabilidad presupuestaria. El conjunto de medidas que poseen esa finalidad es denominado, "Six pack" (estando integrado por cinco reglamentos y una directiva comunitaria). Constituye el paquete legislativo, más concreto y decisivo, adoptado hasta ahora para garantizar la disciplina presupuestaria, favorecer la estabilidad de la economía y prevenir una nueva crisis en la Unión.

Se ha puesto en marcha, un nuevo pacto presupuestario que establece una nueva regla fiscal que sitúa como límite para el déficit estructural anual el 0,50% del PIB nominal. En España, este planteamiento ha sido roto "con descaro" de forma unilateral por el PP al fijar el objetivo para 2020 en el 0% (Benegas, J.M y Fernández Marugán, F).

Solo una parte de las lagunas que se venían detectando desde el estallido de la crisis han ido suturándose. De hecho, la regulación correctiva no está avanzando al ritmo que la reducción de la desafección de los ciudadanos precisaría (E. Ontiveros). Pese a ello: ¿Es posible la integración económica sin lograr necesariamente una Unión política? La simbiosis de ambos procesos requiere un diseño coherente de instituciones comunitarias:

Disponer de reglas claras sobre los cometidos y funciones que han de desempeñar las diferentes autoridades económicas, con el fin de que

no se produzcan graves desajustes y desequilibrios en el caso de que vuelvan a surgir supuestos de crisis.

En relación con las existentes hoy día el énfasis debería ponerse en la búsqueda conjunta de soluciones, aunque solo sea porque estos desequilibrios van a llevar tiempo en reducirse. A la vista de lo cual es necesario complementar las políticas de ajuste con otras que ayuden al crecimiento en aquellas naciones que padecen mayores tasas de desempleo.

Ha de verse que estamos todos en el mismo barco para lo que los costes de la actual situación –junto con los que ocasione la salida de la crisis- han de repartirse equitativamente. Un objetivo básico debe ser el poner en marcha políticas redistributivas adecuadas, en las que la educación la sanidad y los servicios sociales habrán de jugar un papel destacado.

En materia fiscal (impositiva, presupuestaria y endeudamiento) debería existir una autoridad comunitaria desde la que actuar de forma estabilizadora para poder suavizar los altibajos cíclicos que puedan presentarse. Sin olvidar, además que las grandes diferencias de renta y de riqueza existentes, harán necesarias el que se establezcan, puede que incluso con carácter permanente, transferencias entre naciones. Igualmente, se requeriría que exista un Tesoro Público con capacidad para emitir títulos destinados a financiar políticas y proyectos europeos.

Todas estas cuestiones exigen articular un marco político coherente que tenga una Hacienda a la que se le permita llevar a cabo las tareas de impulso del crecimiento, estabilización y redistribución como cualquier gobierno del mundo posee.

La opción en favor de una unión de transferencias permanentes, desde los países más ricos a los más pobres, se produce de hecho dentro de cualquier nación. Tratar de conseguirla en la UE, de manera inmediata, encuentra resistencias notables no sólo entre algunos gobiernos, sino que hay ciudadanos en la zona norte de Europa, que comportante estas tesis. Consideran que cualquier sistema de transferencias fiscales acaba convirtiéndose en una senda de alimentación permanente por lo que terminan por no saber cuánto les costará pagar (Rogoff).

La nueva forma de Unión que se atisba, tendrá que entrar en esta cuestión, abordando políticas de inversión con las que favorezca el crecimiento, junto con los mecanismos a través de los cuales se usan los fondos de recate a los Estados y también la emisión conjunta, desde los Estados Miembros de la eurozona, de deuda con responsabilidad colectiva para proyectos de infraestructura, tecnología o innovación.

La integración del sistema financiero habrá de ir más allá de la simple homogeneización de las reglas, ha de disponer progresivamente de un regulador común, que la aproxime a una autoridad bancaria europea apoyada en la existencia de cuatro componentes: un fondo conjunto de resolución y de recapitalización, un fondo conjunto de garantías de depósitos, un organismo regulador central y organismo supervisor central. El fondo de recapitalización y el fondo de garantía de depósitos habrán de dotarse con una financiación suficiente.

Estos elementos están disponibles en cualquier Estado moderno, pese a lo que, esto no ocurre en la UE que estando formada por Estados democráticos, no es en sí misma un Estado en el sentido convencional de esta palabra. Debido a ello no dispone de estos instrumentos, por lo que son los hechos los que están determinando su actuación. Hasta el punto de que ahora cuando hay que regular estas cuestiones no se encuentra ante una decisión opcional, más bien todo lo contrario, se ve

forzada a adoptar medidas esenciales, para apoyándose en ellas, poder evitar una desintegración irreversible de la UME.

Dado que la arquitectura sigue estando incompleta, otro paso más debería darse: reforzar el BCE, para que no sólo esté dedicado a la dirección de la política monetaria europea sino que se encargue de liderar la nueva Unión Bancaria. Para ello, habrá que dotarlo de la capacidad de garantía, control y supervisión de los bancos sistémicos.

Plantearse reforzar el BCE obliga a pasar de medidas paliativas a actuaciones decisivas, que en este ámbito son imprescindibles, puesto que llevamos meses luchando por la supervivencia de la moneda común.

Entre las medidas poco habituales que el BCE adoptó en el verano de 2011, figuran las adquisiciones de deuda soberana emitida por los Estados Miembros con dificultades (España e Italia primordialmente). Dichas adquisiciones poseen un carácter excepcional, por lo que, no pueden llevarse a cabo de manera ilimitada y repetitiva. No son eternas, ni son infinitas, por eso, el programa que aplicaba para hacer esas compras permanece, desde hace meses, inactivo al haberse situado el BCE fuera del mercado. En este sentido, poco que objetar al cumplimiento estricto de las leyes.

Tal como fue concebido, el BCE tiene una única misión, el control de la estabilidad de los precios, careciendo de obligaciones respecto del crecimiento. Las estrecheces de este cometido las ha hecho emerger la propia crisis. Por eso, resulta evidente que debería cambiarse el papel que le está encomendado. Aunque semejante tarea lleve tiempo y no poco.

También debe volver a poder utilizar los instrumentos que están a su disposición, por lo que, ahora tiene una tarea similar a la que desempeño en 2010 y 2011: Estabilizar los mercados.

Corolario: Algo más que reparar Europa

El Informe Larosiere (2009) abrió la reflexión sobre la conveniencia de armonizar, mucho más, las normas y las prácticas financieras nacionales, en aquellos casos en los que hubiera bancos con presencia en varios países.

La lógica que subyacía tras sus iniciales y cortos planteamientos era clara: una Unión Monetaria requiere que exista un sector bancario integrado que contribuya a disponer de una sólida infraestructura económica. A partir de ahí, se pensó que deberían hacerse algunos esfuerzos centrados en la constitución de una unión bancaria que posteriormente pasara a incluirse en una unión fiscal más amplia.

Desde un enfoque tan ambiguo resultaba bastante realista pensar que en Europa se esperaría a crear la Unión Bancaria a que estuviera culminada la realización de la Unión Fiscal (G. Ortiz). Pues bien, ahora está comenzando a hablarse de que sería conveniente disponer ya de esa Unión Bancaria. El que esto esté siendo así, tiene una primera explicación, los recientes acontecimientos han forzado a acelerar el paso de la integración europea, dando alas a la idea de completar la actual Unión Monetaria con una Unión Bancaria, aspiración utópica hasta hace poco tiempo.

El que se hable, incluso el que se articule un discurso político en el que tenga cabida la posibilidad de la creación de esta nueva institución, no quiere decir que se vaya a realizar. Las dificultades intrínsecas serán

destacadas, puesto que se necesitaran amplias modificaciones legislativas que no se harán de un día para otro.

Otras resistencias aparecerán –ya lo están haciendo- con la sola mención de que surja semejante posibilidad. Se ha dicho que no se necesita una unión bancaria más allá de un sistema de regulación común. A lo que se le ha añadido, un no a la inyección de dinero en las entidades financieras con problemas, un no a suavizar el ajuste en Grecia, también a los estímulos Keynesianos y por último también una negativa a que el BCE actúe como prestamista de último recurso (J. Weidmann). Semejante acumulación de restricciones hace pensar que, el resultado de tanto resistencialismo, terminará siendo una Unión Bancaria de pequeña dimensión.

¿Cuándo efectuar el paso a ese nuevo esquema bancario? Se sostiene que debería llevarse a cabo en el momento en el que estén saneados los bancos que ahora padecen dificultades. La asignación de recursos a ellos también es objeto de discusión; podría hacerse mediante los sistemas de rescate europeos (si la regulación permite esa federalización) o también podrían ser asumidas (las pérdidas que estas entidades experimentan) por parte de los respectivos Estados nacionales. Así nacerían estas instituciones como un mecanismo puro de seguro al que se incorporarían los Estados Miembros sin saber previamente si van a ser contribuyentes o beneficiarios. (E. Conthe)

Cabe pensar en otra posibilidad, cuya finalidad es la de romper la vinculación entre la deuda privada y la deuda soberana, prescindiendo de la garantía que el Estado compromete para el caso de que los bancos no generen la capacidad suficiente para devolver las ayudas. (Berges, A y García Mora, A). Si ahora no se ha encontrado la posibilidad de emplear el fondo de rescate permanente (ESM) debería cambiarse su actual legislación en el futuro.

Igualmente destacada es la estructura por la que se apuesta, ya que quienes fueron avanzando en estudiar la posibilidad de disponer de una unión bancaria, se plantearon la pertinencia de sacar al Estado-Nación del sector bancario para que paulatinamente fuera la eurozona la que se responsabilizara de todo.

En este esquema se pensaba que lo adecuado era que todos los bancos importantes dejaran de depender de los Estados nacionales para pasar a pertenecer a la zona euro, coexistiendo con aquellas otras entidades de menor dimensión que seguirían permaneciendo vinculadas a las anteriores estructuras políticas (W. Münchau).

Cualquiera que sea el resultado al que se llegue en el proceso de constitución de la Unión Bancaria, hay que ser conscientes de que, los gobiernos nacionales han sido muy reacios a permitir que los reguladores de la eurozona pudieran examinar el estado de sus sistemas bancarios. Si ahora se produce este nuevo planteamiento, es porque está siendo inevitable ceder soberanía (N. Ferguson y N. Roubini), atribuyendo competencias explicitas a las instituciones comunitarias –y en cierta medida- supeditando a ellas a las actuales autoridades nacionales.

Esta transferencia de poder solo será posible si previamente se ha alcanzado un acuerdo político con los gobiernos nacionales o al menos con alguno de ellos. Lograrlo no es una cuestión baladí, todo lo contrario. Los condicionamientos son varios. El primero de ellos es la dinámica de la crisis. Se avanzara más si la situación económica empeora. Como suena.

Pero también hay que tener en cuenta los intereses en presencia. El Bundesbank ha anunciado que no habría Unión Bancaria hasta que no haya Unión Fiscal. Ángela Merkel dijo que no habría Unión Fiscal hasta

que no haya Unión Política y François Hollande aseguro que no habría Unión Política hasta que no haya Unión Bancaria (W. Münchau).

Semejante carrusel tiene una posible solución, disponer de una Unión Bancaria, Fiscal y Política, de un cuerpo político común, al servicio de una moneda única (J. Pisani-Ferry). Sin todo esto no podrá funcionar. La Unión Monetaria tropieza con graves dificultades porque no está acompañada de una unión económica, pero los avances que en esta se puedan producir son insostenibles sin unidad política.

Aquella creencia de muchos líderes europeos de que iban a poder navegar en una nave ligera, sin apenas quilla, pensando que se produciría casi mecánicamente la convergencia, la integración y la unificación no se ha producido. Es más, la situación en Europa es crítica debido a la incapacidad de muchos gobernantes de ponerse de acuerdo en un proyecto que siente las bases para la salida de la crisis. Es eso, lo que está conduciendo a Europa, a un callejón sin salida donde las "reacciones de corto aliento, disponen de un espacio de maniobra cada vez menor". (J. Habermas)

Son otras cosas y de muy distinta dimensión las que hay que hacer. Ya se hicieron algunas otras de esta entidad y no hace mucho tiempo. La crisis griega dio origen a los sistemas de rescate, la crisis en algunas entidades financieras españolas podrían obligar a crear una Unión Bancaria y la grave amenaza que ahora existe respecto del futuro del euro podría forzar el proceso a favor de la Unión Fiscal (J. Pisani-Ferry).

Algo más que una gran reparación hay que hacer. Con compromisos y con calendario, en un periodo relativamente corto de tiempo, entre cinco y diez años, debería existir una nueva Unión Política Europea. Llegar a esta estación final obliga a efectuar un recorrido complicado, pero al que no se puede renunciar.